

A person wearing a white dress shirt and a blue patterned tie is shown from the chest down. They are holding a bouquet of white chrysanthemums and a rosary with a wooden cross. The background is a blurred cemetery with green metal railings and other flowers.

Fernando Prado Ayuso

# Cuando perdemos a un ser querido

Vivir y acompañar  
el duelo





Fernando Prado Ayuso

**CUANDO PERDEMOS  
A UN SER QUERIDO**  
Vivir y acompañar el duelo





*Cuando perdemos a un ser querido*  
© Publicaciones Claretianas, 2020

Imagen de cubierta:

Juan Álvarez Mendizábal, 65 dpdo., 3º  
28008 Madrid

Tel.: 915 401 267

Fax: 915 400 066

<http://www.publicacionesclaretianas.com>

Correo-e: [publicaciones@publicacionesclaretianas.com](mailto:publicaciones@publicacionesclaretianas.com)  
[comercial@publicacionesclaretianas.com](mailto:comercial@publicacionesclaretianas.com)

ISBN: 978-84-7966-718-4

Depósito Legal: M-11523-2020

*«La fe nos asegura que el Resucitado  
nunca nos abandonará.  
Así podemos impedir que la muerte  
envenene nuestra vida  
y nos haga caer  
en el vacío más oscuro»*

Papa Francisco



«Algo se muere en el alma...», dice la canción popular. Así es. Toda despedida de un ser querido suele ser desgarradora. En circunstancias normales sucede que las lágrimas, los recuerdos compartidos, la palabra serena, el abrazo cercano de los nuestros y también la fe y el calor de la comunidad cristiana nos sostienen y nos hacen más llevadero ese momento. Con la despedida en el tanatorio o en el cementerio, y la consiguiente celebración religiosa si es el caso, solemos cerrar un tiempo de dolor inmediato tras la partida. El duelo se abre paso así, más o menos ex-

tendidamente en el tiempo, con la naturalidad y normalidad que nuestra cultura ha ido tejiendo a lo largo de la historia. Es nuestra manera habitual de transitar por estas difíciles e inevitables circunstancias. Esto sería lo normal.

Pero no siempre es así. Este libro ve la luz en una circunstancia del todo excepcional: en pleno desarrollo de la pandemia por covid-19, una grave crisis en la que muchos miles de personas están falleciendo en circunstancias también muy especiales. Con él quisiéramos ofrecer una sencilla y serena reflexión sobre el duelo, con la intención de que sea un pequeño bálsamo y una ayuda para aquellos que han perdido a un ser querido.

Este pequeño libro se publica teniendo en cuenta estas circunstancias especiales



en las que el duelo no puede vivirse con la normalidad y serenidad necesarias, aunque espero que sea útil en todo tiempo. La pandemia por covid-19 es causa de un sufrimiento y dolor como hacía tiempo no habíamos vivido en nuestro país. Por desgracia, en otras latitudes la muerte es un visitante habitual, bien sea por razones de hambre, enfermedad, guerras o crisis de diversa índole. Con todo, esta enfermedad supone una experiencia del todo singular que seguramente quedará recogida en los libros de Historia como un momento clave de la historia de la humanidad.

En nuestras latitudes, a la tragedia de la crisis sanitaria y económica que se ha desencadenado con la pandemia, se suma el dolor de muchos corazones heridos

porque no pudieron acompañar los últimos momentos de los suyos y no pudieron despedirse de ellos adecuadamente. Solamente en nuestro país, miles y miles de personas se han visto obligadas a atravesar esta situación. Muchísimos cientos de miles más en todo el mundo. Somos muchos los que no hemos podido despedir a nuestros padres, cónyuges, hermanos, amigos y otros seres queridos como nos hubiera gustado.

Cuando el que muere lo hace en circunstancias de soledad, desconectado de los suyos, la circunstancia del adiós se agrava. El duelo se hace, ciertamente, diferente y extraño. Un obispo español, monseñor Don Juan del Río, certeramente ha dejado escrito en su *Diario de un pastor ante el covid-19* que «no hay un

adiós más dolorido que no poder despedir de este mundo a la persona que has amado».

Este libro quiere ofrecer a quien lo lea la luz de la fe y de la esperanza cristiana. Es una pequeña ayuda, pues no quisiera que pasáramos por este momento histórico sin poder acompañar desde esta perspectiva trascendente y sobrenatural a quienes sufren en estos momentos el vacío y el dolor por la ausencia de un ser querido. La comunidad cristiana se siente llamada especialmente a acompañar a las personas en estas circunstancias. El papa Francisco nos ha advertido de que no ofrecer una fraternal cercanía a nuestros hermanos en estos momentos, además de ser una falta de misericordia, sería perder una oportunidad pastoral, lo que tal vez

cerrara las puertas a otras acciones evangelizadoras (cf. *Amoris laetitia*, 253).

Somos creyentes. Sabemos que la fe nos mueve a mirar la realidad de la muerte, aun en estas circunstancias, no de forma desesperada sino al contrario: llenos de Esperanza (cf. 1Ts 4,13). Nuestra visión enfoca la mirada en la Resurrección de Jesús, que es nuestra verdadera y viva Esperanza, la fuente viva de nuestro mayor consuelo. No dejemos de orar, de confiar, de compartir la fe y orar unos por otros. La oración es un impulso del corazón y una mirada dirigida a quien, sabemos, no quita su mirada benevolente y amorosa de sus criaturas. Dios está más involucrado, si cabe, en estas especiales circunstancias. Agarrados a esta certeza, podemos impedir que –como dice san Pablo– la muerte

«nos clave su aguijón» y podemos evitar que el dolor «envenene nuestra vida, haga vanos nuestros afectos y nos haga caer en el vacío más oscuro» (AL 256). Enterrar a los seres queridos que se van, despedirlos con paz en nuestro corazón y orar por ellos son, además de actos santos y piadosos, obras de misericordia, actos de amor concretos. El valor de la fe es, sin duda, un valor añadido en estas circunstancias.

*¿Qué es el duelo?*

Con esta palabra nos referimos a ese tiempo en el que el ser humano vive el *dolor por la pérdida* de alguien querido. Todas las personas nos vemos inmersas en esta situación o proceso antes o después. De vez en cuando, la muerte llama a nuestra puerta y se lleva consigo a algún

ser querido. Es el precio que pagamos por haber amado y por no poder seguir haciéndolo de la misma manera. Entonces, el dolor –más o menos intenso– se hace sentir en el corazón de los que hemos amado a la persona que se va. El tiempo inmediatamente posterior a la muerte de un ser querido es, ciertamente, un tiempo singular. Es el duelo; un tiempo en el que vamos «digiriendo la noticia», la ausencia, el vacío que nos queda. Un tiempo en el que vamos resituando emocionalmente en nuestra vida la vida de aquel ser querido que se ha ido y nuestra propia vida sin él.

Cuando alguien querido fallece, el vínculo que nos unía experimenta un trauma, más o menos fuerte, dependiendo de la fortaleza de dicho vínculo y de las

circunstancias. Con todo, la separación, aunque venga preparada y precedida de una larga enfermedad, nos produce cierta ansiedad, revuelve nuestras emociones y nos puede hacer difícil encontrar respuestas que alivien o ayuden a dominar los sentimientos que se desatan. *La fe ayuda*, pero no nos ahorra el dolor y la pena. Quizá no éramos conscientes de lo que significaba para nosotros esa persona y lo descubrimos, precisamente, cuando la perdemos. El vacío de la pérdida es algo que llega a las zonas más profundas del alma.

*Más natural que lo que a veces pensamos*

No es extraño que la pérdida haga que hasta nuestro cuerpo se resienta, que se trastornen a veces el sueño o el apetito,

que nos sintamos raros, o que la tristeza nos tenga como ausentes. Todo esto es más natural de lo que a veces pensamos.

La psicología lo explica, pero no es lo mismo leerlo que vivirlo. Lo que uno siente es íntimo, irrepetible, personal e intransferible. Puede que a otros también les suceda, pero *mi sufrimiento es el mío*. Puede parecerme inigualable en intensidad, como nunca lo fue el de nadie. Porque para mí, ciertamente, esa persona era única, irrepetible, insustituible.

El hecho de que a otros también les suceda nos puede ayudar a comprender que el ser humano tiene recursos para vivir esto en su propia naturaleza, aunque nadie pueda evitar el desgarrar del corazón.

El duelo es *un proceso natural de sanación* que tiene sus fases, en el que las per-



sonas gestionamos la pérdida y rehacemos nuestra vida, tal vez de una manera nueva o diferente. Necesita su tiempo, más o menos largo, para digerirlo, integrarlo, comprender lo experimentado y volver a aprender a vivir.

### *Cuando las cosas se complican*

Este proceso natural, a veces, puede complicarse y convertirse en algo patológico. Hay que *estar atentos*. Cuando después de varios meses no se avanza, o no se consigue ir superando la pérdida, es del todo conveniente buscar la ayuda de un profesional. Esto es especialmente recomendable en el caso de que haya depresión constante, disfunciones serias en el sueño o la alimentación, bloqueo emocional grave que incapacite para lle-

var una vida normal, grave aislamiento o adopción de conductas evasivas de riesgo (abuso de estupefacientes, alcohol...).

La ayuda profesional puede ser muy beneficiosa para superar este tipo de duelo complicado, y conseguir que la persona pueda continuar con su vida y sus responsabilidades.

No es extraño que los duelos se compliquen un poco más si la pérdida ha sido traumática. Si ha sido de repente y no hemos podido despedirnos como hubiéramos querido ni acompañar los últimos momentos o reconciliarnos con el ser a quien quisimos. No dejemos de recurrir a la ayuda de un profesional y a la cercanía de nuestros pastores y nuestros hermanos de la comunidad cristiana.

## *Acompañar el duelo*

El bálsamo de la compañía, de la cercanía familiar y de la amistad es un factor determinante que ayuda a superar el duelo. También puede serlo la oración y la compañía de la comunidad cristiana. En verdad *no hay fórmulas mágicas*. Cada persona es, ciertamente, un mundo. Cuando queremos acompañar y estar cercanos a alguien que vive este proceso, en ocasiones nos parece que no sabemos utilizar las palabras precisas que ayuden a sosegar, a aliviar, a sanar.

Poner nombre a las cosas desde la ternura y la empatía, ser prudentes en la valoración de las emociones y sentimientos puede no resultar fácil para todo el mundo. Algunas personas, por miedo a

no saber qué hacer o qué decir, evitan estas situaciones y, sin querer, se alejan de quienes viven el duelo cuando éstos más los necesitan.

### *Cuestión de calidad*

Acompañar a alguien en el duelo requiere, simplemente, de presencia y disponibilidad para *escuchar*. En esos momentos son más importantes las actitudes de prudencia, cariño y escucha que la abundancia de palabras y consejos. No se trata de querer cambiar la manera en que siente la persona que sufre, ni de redirigir sus sentimientos. Se trata de acompañar para que los viva y los integre –también desde la fe– como parte de la vida. A veces, una simple llamada de teléfono o un mensaje pueden ser suficientes. Aunque

cada persona es diferente y unos necesitamos más que otros, acompañar es más una *cuestión de calidad* que de cantidad.

En tiempos difíciles como el de esta pandemia la cercanía no se hace fácil físicamente. Con todo, las tecnologías, el teléfono o las videollamadas nos facilitan que no sea imposible manifestar nuestra cercanía. Lo importante es, precisamente, eso: estar cerca, que nos sientan cerca. Si algo estamos redescubriendo en estos momentos es que todos nos necesitamos, que la cercanía es necesaria y que el aislamiento es un mal que tenemos que desterrar para siempre.

## *Los niños ante el duelo*

Los niños también viven el duelo a su manera y, a veces, pueden manifestar su dolor comportándose mal o aislándose. Hay que *darles su tiempo*. Responder sin evasivas a sus preguntas y compartir cómo lo vivimos nosotros puede ser un buen modo de acompañarles. Ver, palpar y portar los objetos de aquellos que se han ido les ayuda a lidiar con la ansiedad que la separación y la ausencia les provoca.

Llevar durante un tiempo en su bolsillo una foto de la persona fallecida, o usar un objeto suyo, puede ser una buena opción. También preparar con ellos un buen album de recuerdos, rezar con ellos por los que están ya en el cielo... *Educar* para

la pérdida y para afrontar el dolor tiene que ser algo natural en la vida familiar.

### *El Dios del consuelo*

Cuando Dios está en nuestro duelo, lo vivimos en oración, en intimidad y cercanía con Él. Estamos ante un Misterio que nos envuelve. Aun en medio de la desolación, la fe nos dice que *Dios nos acompaña, nos escucha, nos ama, nos sostiene*. El sufrimiento no se nos ahorra a los creyentes, pero la confianza en Aquel que dijo «Yo soy la resurrección y la vida» (Jn 11,25) ilumina nuestro dolor y nuestra situación ante la muerte del ser querido.

Con un camino sincero y paciente de oración y de liberación interior, suele volver la paz. No nos hace bien querer pro-

longar el sufrimiento, como si eso fuera un homenaje. Ni Dios lo quiere, ni la persona que nos ha dejado lo habría querido. Dios nos creó por amor y nos ha hecho de tal manera que nuestra vida no termina con la muerte (cf. Sb 3,2-3).

Aceptar la muerte ajena nos ayuda a prepararnos también para la propia. Es un crecimiento en el amor hacia ese día en que «ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto ni dolor» (Ap 21,4).

El prefacio de la *Liturgia de los difuntos* lo expresa bellamente: «Aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad. Porque la vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma». Nuestros seres queridos no han desaparecido en la oscuridad de la nada: la esperanza



nos asegura que ellos están en las manos buenas y fuertes de Dios (cf. Sb 3,1).

*Recuérdame*

Puedes llorar porque se ha ido,  
o puedes sonreír porque ha vivido.

Puedes cerrar los ojos  
y rezar para que vuelva  
o puedes abrirlos  
y ver todo lo que ha dejado;  
tu corazón puede estar vacío  
porque no lo puedes ver,  
o puede estar lleno  
del amor que compartisteis.

Puedes llorar, cerrar tu mente,  
sentir el vacío y dar la espalda,  
o puedes hacer lo que a ella le gustaría:  
sonreír, abrir los ojos, amar y seguir.

(Poema escocés)

## *Orar por los difuntos*

Orar por los que nos han dejado, además de una obra de misericordia, es una manera de comunicarnos con ellos. Orar por ellos «puede no solamente ayudarles, sino también hacer eficaz su intercesión en nuestro favor» (*Catecismo de la Iglesia católica*, 958).

Creemos en la comunión de los santos. Son lazos de amor porque «la unión de los miembros de la Iglesia peregrina con los hermanos que durmieron en la paz de Cristo de ninguna manera se interrumpe [...] Se refuerza con la comunicación de los bienes espirituales» (*Lumen gentium*, 49).

## *Celebrar adecuadamente las exequias*

Es una parte importante del proceso del duelo. Anunciamos el fallecimiento a familiares, amigos y personas cercanas. En algunos lugares es tradición poner esquelas en la prensa o en lugares públicos para informar a los vecinos y paisanos. Velamos el cuerpo en oración, en casa o en el tanatorio, recibimos visitas y lo acompañamos con la oración hasta el entierro o la cremación. La misa funeral es un momento propicio para un adiós lleno de fe y de esperanza junto con la comunidad cristiana.

En situaciones difíciles como la de la pandemia, en que apenas se puede tener una despedida a la medida que nos gustaría, es importante que tomemos concien-

cia de que otros muchos están pasando por la misma circunstancia y tenemos que vivir todo esto armados de paciencia.

Hemos de vivir con serenidad este duelo inicial y un tanto atropellado hasta que, superadas las obligadas limitaciones sanitarias, se pueda celebrar un funeral que selle el momento del adiós de una manera más comunitaria y solemne. Tendremos ocasión de hacerlo. Mientras, no dejemos de rezar, de mantener viva la llama de la fe y la intercesión.

### *Mi rincón memorial*

Podría ser útil preparar un pequeño rincón a modo de lugar memorial en algún espacio elegido de la casa, como un pequeño altar con la foto del ser querido,

un objeto que nos lo recuerde, una cruz y una vela encendida.

Ahí podríamos acercarnos todos los días para orar de manera breve o más extensa, según se quiera. Puede utilizarse alguna de las oraciones que aparecen en este libro, o, una vez por semana, la celebración final propuesta; también podemos rezar un misterio del rosario, o el rosario completo, o un simple padrenuestro... o como cada uno guste. Hacerlo nos ayuda, sin duda, a vivir en paz y en esperanza creyente.

Estos momentos de intimidad y oración son importantes. Si, además, tenemos la suerte de poderlo hacer acompañados de alguien, tanto mejor. Podemos dar las gracias al Señor por la vida de nuestro ser querido, recordar lo mejor de su cora-

zón y de nuestra relación con él, perdonar en lo profundo del corazón si algún dolor quedó ahí... Nunca nos olvidemos: Dios siempre es misericordia y nunca se cansa de perdonar.

### *El ministerio cristiano del duelo*

Quienes han pasado por esta experiencia de la pérdida y el duelo reconocen que les ha hecho crecer, madurar, salir de sí mismos, ser más sensibles y solidarios con el dolor de los demás. Son personas válidas para realizar en nuestras parroquias y comunidades cristianas el *ministerio del duelo* y acompañar, junto con el párroco, a otras personas. Sin duda, esta puede ser una de las acciones evangelizadoras más eficaces en una comunidad cristiana.

Es algo que se puede organizar, al igual que las visitas a enfermos o a personas en situación de soledad. Un grupo pequeño de personas podría organizarse para el acompañamiento y la presencia de la comunidad cristiana en el tanatorio, en la preparación de la liturgia de los funerales, en el cementerio y, sobre todo, manteniendo la cercanía en el tiempo con quienes experimentan el dolor de la pérdida.

En estos tiempos de pandemia, el párroco, quizá más informado de algunos casos de su comunidad cristiana, puede buscar la ayuda de otras personas activas en la parroquia y podrían mantener—también a través del teléfono y las tecnologías— una especial cercanía con las familias que viven la espera del funeral solemne.





TIEMPO DE ORACIÓN EN CASA  
A LA ESPERA DE PODER CELEBRAR  
EL FUNERAL

*(Antes de comenzar esta pequeña liturgia, prepárese, si no se tiene, un pequeño espacio o rincón en la casa para la oración. Basta que pongamos ahí con dignidad una pequeña cruz y una vela encendida junto a ella. También se podría colocar una foto, un objeto, un recuerdo relacionado con la persona fallecida...)*

APERTURA

Como la epidemia no nos permite participar en el funeral de N., quisiéramos expresar a través de este tiempo de oración el afecto que le tenemos, para encomendar su vida al Señor, en comunión con todos los afectados por esta pandemia. Que nuestras palabras, gestos y silencios sean oraciones por N., que el Señor lo [la] acoja en su luz.

Con confianza, comencemos con la señal de la cruz:

*En el nombre del Padre, y del Hijo,  
y del Espíritu Santo. Amén.*

## HACEMOS MEMORIA

En nuestros corazones, recordamos a N., nuestras relaciones, todos los momentos vividos junto a él [ella]. Esta foto, este objeto, nos trae su recuerdo. Cada uno de nosotros puede tomarse el tiempo de expresar en pocas palabras un aspecto de la vida de N. que nos gustaría recordar ante el Señor para decir «a Dios» a N.

## RITO DE LA LUZ

*(Podemos encender una vela)*

Esta llama que viene de ti, Señor, es signo de la fe que compartimos. Que

alumbre nuestra oscuridad e ilumine esta circunstancia para seguir viviendo en esperanza.

## ORACIÓN INICIAL

Señor Jesucristo, en medio del dolor  
por la pérdida de N.  
nos dirigimos a ti:  
viniste a vivir y a morir en este  
mundo,  
para que cada ser humano pueda  
tener una vida contigo.

Abre nuestros corazones  
a esa esperanza,  
tú, que vives y reinas con el Padre,  
en la unidad del Espíritu Santo,  
y eres Dios por los siglos de los  
siglos. Amén.

## PRIMERA LECTURA

De la Carta del apóstol san Pablo a los Tesalonicenses (4,13-14.17d-18).

*Hermanos, no queremos que ignoréis la suerte de los difuntos para que no os aflijáis como los que no tienen esperanza. Pues si creemos que Jesús murió y resucitó, de igual modo Dios llevará con él, por medio de Jesús, a los que han muerto. Y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras.*

*Para no repetir siempre esta lectura, pueden utilizarse también las siguientes:*

*Sab 3, 1-6.9 / Rm 5, 5-11 / Rm 14, 7-9. 10c-12 / Ap 21, 1-5a.6b-7 / Rm 6,3-9 / 2Co 5,1.6-10*

SALMO 130

R./ *Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra.*

V./ Desde lo hondo a ti grito, Señor;  
Señor, escucha mi voz;  
estén tus oídos atentos  
a la voz de mi súplica. R./

V./ Si llevas cuenta de los delitos,  
Señor,  
¿quién podrá resistir?  
Pero de ti procede el perdón,  
y así infundes temor. R./

V./ Mi alma espera en el Señor,  
espera en su palabra;  
mi alma aguarda al Señor,  
más que el centinela la aurora. R./

V./ Aguarde Israel al Señor,  
como el centinela la aurora;  
porque del Señor

viene la misericordia,  
la redención copiosa;  
y él redimirá a Israel  
de todos sus delitos. R./

*O también:*

*Sal 22,1-3-4-5.6 (El Señor es mi pastor, nada me falta)*

## EVANGELIO

Lectura del santo Evangelio según san Juan (13,1a; 14,1-6).

*Al pasar Jesús de este mundo a su Padre, dijo a sus discípulos: «No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, os lo habría dicho, porque me voy a prepararos un lugar. Cuando vaya y os prepare un lugar, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros. Y adonde yo voy, ya*

*sabéis el camino». Tomás le dice: «Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?». Jesús le responde: «Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí».*

## PETICIONES

— Señor, mira con ternura a N. que ya ha dejado este mundo y concédele hallar en ti el gozo eterno.

*(Te rogamos, óyenos).*

— Señor, conoces nuestra tristeza, danos la fuerza de la fe, la luz de la esperanza y el impulso de la caridad para pasar esta prueba juntos y contigo.

*(Te rogamos, óyenos).*

— Señor, te pedimos por los que atraviesan momentos de sufrimiento y enfer-

medad; también por quienes cuidan de ellos.

*(Te rogamos, óyenos).*

— Concédete a cada uno el valor y la fe para vivir estas pruebas contigo.

*(Te rogamos, óyenos).*

— Señor, rezamos por la Iglesia, cuya misión es manifestar tu amor a los hombres.

*(Te rogamos, óyenos).*

— Que cuantos te buscan encuentren la esperanza en la buena noticia de tu Resurrección.

*(Te rogamos, óyenos).*

## ORACIÓN DE AGRADECIMIENTO

Dios y Padre nuestro,  
que conoces nuestro dolor



por la triste partida de N.,  
queremos recordar ante ti  
con gratitud  
cuanto de bello y bueno  
realizó en su vida,  
cuanto de él [ella] hemos recibido.

Tú conociste sus debilidades  
y limitaciones,  
concédele tu perdón.

Recordamos que tu Hijo Jesucristo,  
por su muerte en la cruz,  
ha reunido todas las soledades;  
y por su vida  
más fuerte que la muerte,  
nos asegura que viviremos.

Por eso, junto con todos  
los que nos han precedido  
y ahora viven junto a ti,  
nos atrevemos a decirte:

*Padre nuestro...*

## RECOMENDACIÓN DEL DIFUNTO

Señor, Dios nuestro,  
te encomendamos  
a nuestro [nuestra]  
hermano [hermana] N.,  
a quien hiciste hijo [hija] por la  
gracia del bautismo.

Le has dado tu amor  
a lo largo de su vida;  
ahora que ha dejado este mundo,  
líbralo [líbrala] de todo mal  
y condúcelo [condúcela]  
a tu paraíso,  
donde no hay más luto,  
ni lágrimas, ni dolor,  
sino alegría y paz,  
con tu Hijo y el Espíritu Santo,  
por los siglos de los siglos. Amén.

## ORACIÓN FINAL

Padre nuestro,  
escucha nuestra oración,  
y concede a tu hijo (hija) N.,  
a quien a lo largo de su vida  
rodeaste siempre con tu amor  
y que se ha separado de nosotros,  
la herencia prometida.

Da cumplimiento a su esperanza  
de felicidad y de paz  
e infunde serenidad y fortaleza  
en quienes ahora lloramos su  
ausencia.

Ilumina las tinieblas  
en que nos envuelve el dolor  
y fortalécenos con la certeza  
de la vida eterna  
que, en tu gran amor,

has dispuesto  
para todos los que te amamos,  
por la fuerza de la muerte  
y de la resurrección de Cristo,  
que vive y reina  
por los siglos de los siglos. Amén.

V./ Que su alma y la de todos los fieles  
difuntos, por la misericordia  
de Dios descansen en Paz.

*R./ Amén.*

V./ Que el Señor nos bendiga, nos  
guarde de todo mal y nos lleve a la  
vida eterna.

*R./ Amén.*

Finalizamos nuestra oración con la se-  
ñal de la cruz.

*En el nombre del Padre, y del Hijo,  
y del Espíritu Santo. Amén.*

## ORACIÓN

Padre nuestro,  
escucha nuestra oración,  
y concede a tu hijo (hija) N.,  
a quien a lo largo de su vida  
rodeaste siempre con tu amor  
y que se ha separado de nosotros,  
la herencia prometida.

Da cumplimiento a su esperanza  
de felicidad y de paz  
e infunde serenidad y fortaleza  
en quienes ahora lloramos su ausencia.

Ilumina las tinieblas  
en que nos envuelve el dolor  
y fortalécenos con la certeza  
de la vida eterna  
que, en tu gran amor,  
has dispuesto

para todos los que te amamos,  
por la fuerza de la muerte  
y de la resurrección de Cristo,  
que vive y reina  
por los siglos de los siglos.

Amén.

*(Adaptación de una Liturgia especial  
para Orar por los difuntos en casa  
a la espera de funeral  
debido a la pandemia por covid-19,  
propuesta por la Diócesis de Saint-Etienne  
[Loira-Francia])*



---

«La fe nos asegura que el Resucitado nunca nos abandonará. Así podemos impedir que la muerte envenene nuestra vida y nos haga caer en el vacío más oscuro»

Papa Francisco

---